

## **El terrorismo y la paz mundial**

Por Eduardo Posada Carbó\*

En agosto de 1998, en un espacio de nueve minutos, explotaron las bombas en las embajadas norteamericanas en Nairobi y Dar es Salaam que produjeron la muerte de más de 200 personas. Los trágicos golpes contra las dos embajadas, observó Bruce Hoffman, conformaban entonces una tendencia emergente en el terrorismo internacional: la de los "ataques masivos e indiscriminados de adversarios enigmáticos que golpean a sus víctimas lejos de los teatros tradicionales del terrorismo en Europa y en el Medio Oriente" (*Inside terrorism, Londres, 1999*). Advertencias, pues, no faltaron. Pero ni siquiera especialistas en el tema como Hoffman podían haber imaginado que, solo tres años después, los ataques hubiesen escalado a las dimensiones del bombardeo simultáneo en Nueva York y Washington el pasado martes 11 de septiembre: se estima que más de 6.000 personas de unas 40 nacionalidades perdieron la vida en tan horrible y despiadado asalto.

El libro de Bruce Hoffman, director de la Rand Corporation - publicado originalmente en 1998 -, adquiere hoy dolorosa actualidad y relevancia en cualquier propósito de entender la naturaleza, el desarrollo y, por encima de todo, la seria amenaza que representa el terrorismo para la seguridad mundial. Hoffman abre su estudio con un interrogante en apariencia sencillo: "¿Qué es terrorismo?" La definición del término - popularizado por primera vez durante la revolución francesa - ha sido objeto de controversia en la comunidad internacional, como lo demuestran los debates en las Naciones Unidas, o voluminosos estudios académicos que incluso alcanzan a sugerir no molestarse con esfuerzos de vanos resultados. Se aducen a ratos motivos ideológicos y

sentimientos de opresión para justificar acciones a las que se libra entonces de su carácter terrorista. Sin embargo, como lo ha señalado Brian Jenkins, "el terrorismo debe definirse por la naturaleza del acto, y no por la identidad de los perpetradores o la naturaleza de su causa".

Hoffman no parece admitir esta sugerencia. Entre los elementos que identifica para aproximarse a una definición del fenómeno, subraya los "objetivos y motivos políticos", al lado del uso de la violencia, el propósito de buscar un impacto psicológico socialmente amplio, o la autoría de organizaciones subnacionales o no estatales. Según Hoffman, la guerrilla - como estrategia de guerra - y el terrorismo obedecen a dos conceptos diferentes, aunque acepta que las guerrillas utilizan con frecuencia las mismas tácticas que los terroristas (casos en los cuales no cabría entonces la distinción). Su análisis se muestra de cualquier forma crítico ante la aparente neutralidad o confusión del lenguaje de la prensa al referirse al problema en diversas partes del mundo. En abril de 1997, el *International Herald Tribune* describía "las décadas de esporádico conflicto de *guerrillas* (sus itálicas) perpetrado por el IRA en Irlanda del Norte". Y en la misma edición, al informar sobre un incidente en Algeria en el que habían perdido la vida unas 30 personas, el periódico describía indistintamente a sus autores como "terroristas", "extremistas" o "fundamentalistas".

La ambigüedad del lenguaje les estaría restando significado y sentido a las mismas palabras que se seleccionan para describir los hechos. Hoffman argumenta en favor de una mayor precisión en el vocabulario. No me parece que tiene éxitos completos en sus intentos. Pero su discusión ilustra muy bien la necesidad de contar con una definición de terrorismo que sea generalmente aceptada. Esta definición es además urgente si se quiere combatir mundialmente el problema: sin un consenso universal sobre qué actos constituyen terrorismo y quiénes deben ser condenados por sus acciones como

terroristas, cualquier ofensiva de largo plazo contra el terrorismo mundial - que es lo que se propone ahora - se tropezará con enormes dificultades. Su efectividad estaría en duda.

No obstante, a pesar de las ambigüedades sobrevivientes, la comunidad internacional sí ha venido adoptando acuerdos, desde mediados del siglo XIX, alrededor de una serie de medidas que condicionan la conducta de la guerra: prohibición de secuestrar o de atacar la población civil e indefensa; prohibición del uso de ciertas armas; prohibición de ataques desproporcionados e indiscriminados; prohibición de ejecuciones sumarias o maltrato a los prisioneros. Hoffman observa que una de las " fundamentales *raison d'etre* del terrorismo internacional es el rechazo a estar limitado por tales leyes de la guerra y códigos de conducta". Existen, por lo tanto, unas bases sobre las cuales podrían construirse un más sólido consenso mundial. Las observaciones del historiador Geoffrey Best pueden ser útiles en la búsqueda de dicho consenso: "la esencia del terrorismo resta en su rechazo total de las normas civilizadas para resolver los conflictos: dentro de los Estados en tiempos de paz, las normas del gobierno representativo y el Estado de Derecho; en tiempos no pacíficos y cuando los Estados u otras partes organizadas están unos con otros en conflicto, las normas del Derecho Internacional Humanitario" (*War and Law since 1945*, Oxford, 1997).

Por supuesto que el terrorismo no es un fenómeno exclusivamente contemporáneo. Hoffman no traza toda su historia, pero examina las raíces más inmediatas de su evolución moderna, ubicadas en las campañas terroristas anti-coloniales que sucedieron a la segunda guerra mundial, y su transformación de un problema básicamente local a otro de proporciones inmensas que afectan la seguridad mundial. Según Hoffman, desde fines de la década de 1960 y comienzos de la siguiente - en buena parte bajo la influencia de nuevas

corrientes revolucionarias, de inspiración marxista-leninistas y anti-imperialistas -, el terrorismo dio pasos marcados hacia su "internacionalización". Ello significó el establecimiento de alianzas tácticas entre organizaciones terroristas de diversas nacionalidades, y hasta cursos de entrenamiento e instrucción.

Una de las características más destacadas de la evolución reciente del terrorismo es su componente religioso, al que Hoffman dedica capítulo aparte. La proliferación de organizaciones terroristas con un predominante elemento religioso sólo habría ocurrido después de 1980 como repercusión, hasta cierto punto, de los eventos revolucionarios en Irán. (Con anterioridad, los componentes dominantes habrían sido las aspiraciones étnicas, territoriales o revolucionarias - los que no excluían de todas formas los elementos religiosos). En 1994, una tercera parte de los 49 grupos identificables como "terroristas internacionales" obedecían ya primordialmente a motivos religiosos. La asociación de muchas de estas organizaciones con el islamismo fundamentalista es marcada, pero Hoffman es claro en advertir que pocas religiones han sido inmunes a esta "mezcla volátil de fe, fanatismo y violencia". El emergente terrorismo de origen religioso se destaca adicionalmente por su naturaleza más letal, como lo parecen comprobar en dramáticas dimensiones los ataques en Washington y Nueva York del 11 de septiembre pasado.

Los terroristas, ha observado el siquiatra Friederich Hacker, buscan "atemorizar y, a través del temor, dominar y controlar. Quieren impresionar. Actúan para un auditorio". Y este auditorio, gracias a los medios masivos de comunicación - la televisión, en particular -, se encuentra hoy más internacionalizado que nunca en su historia. Desde cierto ángulo crítico, como lo observa Hoffman, podría señalarse que las acciones terroristas se han convertido en el mundo moderno en pervertidos espectáculos comerciales. Algunos consideran que las tácticas terroristas se ven validadas por esa inmediata publicidad que reciben sus

horrorosos actos. Sin embargo, el impacto del terrorismo en la opinión pública es mucho más complejo. El uso del terror puede atraer televidentes, pero ello no significa que la "causa" de los terroristas gane simpatizantes. Muy por el contrario. La "causa" que proclaman defender casi nunca se ve favorecida con sus detestables acciones. A mayor audiencia, mayor es también el rechazo de sus crímenes y mayor la presión pública para combatirlos con determinación. No obstante, queda la preocupación sobre la influencia que puede tener el cubrimiento sensacionalista de tales actos terroristas en la toma de decisiones gubernamentales.

Quienes se acerquen al libro de Bruce Hoffman con la expectativa de encontrar allí la solución simple y definitiva contra el terrorismo mundial terminarán sus páginas quizá algo decepcionados. No es su propósito. Además hay en su análisis vacíos notorios. Las referencias al terrorismo en Latinoamérica son, por ejemplo, escasas y a ratos sólo para enfatizar las políticas de "terror" de Estado de sus gobiernos, sin mayores reconocimientos a las democracias de la región. Y la experiencia de Colombia - donde se han combinado la guerrilla, el narcotráfico y el terrorismo - parecería relegarse a un "fenómeno de área gris", una observación de cualquier forma interesante para ilustrar qué tan confuso es el escenario colombiano a los ojos de tantos estudiosos extranjeros. No obstante, el libro de Hoffman es un valioso esfuerzo que sirve para apreciar las complejas dimensiones de un gravísimo problema para la paz internacional. Lo que sucedió el 11 de septiembre puede repetirse en cualquier parte del mundo y en aún más trágicas proporciones. Se requieren mayores inversiones en operaciones de inteligencia, en recursos de seguridad y, sin lugar a dudas, una mayor coordinación y un más sólido consenso internacional sobre la misma definición del problema. El reto es inmenso. Según Hoffman, se requiere en últimas "un cambio del cielo a la tierra en nuestra forma de pensar sobre el terrorismo y las políticas apropiadas para combatirlo".

\* Eduardo Posada Carbó es asesor permanente de la Fundación Ideas para la Paz. Sus artículos quincenales son elaborados especialmente para nuestras redes de información. Posada Carbó es abogado con especialización en ciencias socioeconómicas de la Universidad Javeriana, máster en Estudios Latinoamericanos y doctor en Historia Moderna de la Universidad de Oxford. Es autor y editor de varios libros y ensayos y columnista del diario *El Tiempo*.